





No busques  
al diablo fuera  
de tu alma



# No busques al diablo fuera de tu alma

Novela

Jairo Hernando Gómez Esteban

 Letras  
Colombianas



# Letras Colombianas

COLECCIÓN LETRAS COLOMBIANAS  
© Universidad Distrital Francisco José de Caldas  
© Jairo Hernando Gómez Esteban  
© Facultad de Ciencias y Educación

Primera edición, noviembre de 2018  
ISBN: 978-958-787-388-7

DIRECTOR SECCIÓN DE PUBLICACIONES  
Rubén Eliécer Carvajalino C.

REVISIÓN DE TEXTOS  
Yury Ferrer Franco

DIAGRAMACIÓN  
Astrid Prieto Castillo

IMAGEN DE PORTADA  
Astrid Prieto Castillo

Editorial UD  
Universidad Distrital Francisco José de Caldas  
Carrera 24 No. 34-37  
Teléfono 3239300. Ext. 6202  
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

Todos los derechos reservados.  
Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo de la  
Editorial UD de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.  
Hecho en Colombia.

Gómez Esteban, Jairo Hernando.  
No busques al diablo fuera de tu alma / Jairo Hernando  
Gómez Esteban. -- Bogotá : Editorial Universidad Distrital  
Francisco José de Caldas, 2018.  
324 páginas ; 24 cm.-- (Colección letras colombianas)  
ISBN 978 958 787 033 6  
1. Literatura colombiana 2. Novela colombiana 3. Ficción -  
Novela. I. Tit. II. Serie.  
Co863.6 cd 22 ed.  
A1616225

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

*Si pudiera, dedicaría este libro a Dios.*

Ludwig Wittgenstein  
*Investigaciones filosóficas*

*El diablo es la sustitución sistemática de lo abstracto por lo concreto.*

Jean Paul Sartre  
*San Genet*

*Llamaré lo demoníaco a esa inquietud, innota y esencial a todo hombre, que le separa de sí mismo y lo arrastra hacia lo infinito, a lo elemental. Es como si la Naturaleza hubiese dejado una pequeña porción de aquel caos primitivo dentro de cada alma y esa parte quisiera pasionalmente volver al elemento de donde salió: a lo ultrahumano, a lo abstracto El demonio es, en nosotros, ese fermento atormentador y convulso que empuja al ser, por lo demás tranquilo, hacia todo lo peligroso, hacia el exceso, al éxtasis, a la renunciación y hasta la anulación de sí mismo.*

Stefan Zweig  
*La lucha contra el demonio*

*-Pero, ¿se puede creer en el diablo, sin creer en Dios?*

*-Preguntó sonriendo Stavroguin.*

*-¡Oh!- Es muy posible, y suele ocurrir a menudo.*

*Tikhon levantó los ojos y sonrió a su vez*

*-Y estoy seguro de que usted considera tal fe como más respetable que la incredulidad completa.*

Fedor Dostoievski  
*Los Demonios*





# I

## ARTURO

**D**esde que me enteré cómo había quedado ciega mi abuela, decidí dedicar mi vida a encontrarme con el Diablo. Fue en una de esas conversaciones intempestivas y desmañadas entre mi mamá y mi tía Helena, cuando ya vivíamos aquí, en Bogotá, que por primera vez oí cómo había sido la muerte de mi papá, y también, sobre la aparición del Diablo a mi abuela. Ella estaba, como siempre, lavando la ropa a la orilla del río que pasaba cerca del pueblo. De pronto, sintió un escalofrío que le atravesaba todo el cuerpo y un erizamiento de los cabellos que se le clavaban como agujas en el cráneo, y bruscamente levantó los ojos para enfrentar al espanto que creyó que venía a asustarla, entonces lo vio en la otra orilla tal y como siempre se lo habían descrito: un macho cabrío con una horrenda sonrisa, los ojos inyectados de fuego, una cola de pez danzarina y juguetona, y una enorme lengua babeante, lasciva y desafiante. Quedó petrificada. Durante días no habló, y las incipientes cataratas que tenía evolucionaron a un ritmo tan vertiginoso y anormal, que a los veinte días se hallaba sumida en un mundo de sombras habitado por el horror de una nueva aparición.

A mi papá no lo mató el Diablo, pero como si lo hubiera hecho. Corrían los últimos años de la sangrienta década de los cincuenta, envuelta en la mayor violencia partidista que haya vivido cualquier otro país latinoamericano; y nuestro pueblo, donde habíamos nacido y vivido muchas generaciones, se encontraba dividido en diez manzanas: cinco liberales y

cinco conservadoras. Mis padres eran conservadores y los liberales se habían convertido en los diferentes, los que convivían con el mal, la gente mala, a los que se les tenía miedo porque eran ateos, porque tenían pacto con el Diablo, al menos eso les decía el cura del pueblo. Si alguien cruzaba al otro lado de una frontera imaginaria, se escuchaban las mismas acusaciones que se hacían de este lado. Cuando las requisitorias mutuas llegaban a su máxima expresión, generalmente terminaban en una masacre en la que se mataban y contramataban unos a otros, transfigurando los cuerpos mutilados o torturados en animales o cosas propias de ese mundo rural: tamales, peces, ratones, cebollas; o en artículos domésticos o elementos de la indumentaria: pocillos, franelas, sacos. Los perpetradores del asesinato de mi padre dejaron convertido su cadáver en florero: le separaron los brazos, las piernas y la cabeza del cuerpo, y luego procedieron a reubicar los brazos y las piernas en el tronco, de manera que este sirviera de vaso. Además, para convertir el tronco en florero, le sacaron todas las entrañas del estómago para poder reubicar allí las extremidades cortadas y, de esa forma, se convirtiera en un florero humano. Era como si quisieran invertir todo el orden del cuerpo, poniendo arriba lo de abajo y afuera lo de adentro, para seguir humillándolo más allá de la muerte, para negarlo de una vez por todas y para siempre. Ese monigote de año nuevo, ese cuerpo invertido y subvertido en su anatomía y su existencia, fue el que encontró mi mamá río abajo, el mismo río en el que el Diablo se le había aparecido a mi abuela. Al día siguiente, mi mamá, mi hermana Ohelia y yo, de tres y un años respectivamente, nos vinimos a vivir aquí, a Bogotá, a una pieza de un inquilinato en donde vivía mi tía Helena, una hermana solterona y medio bruja de mi papá que estaba en la capital desde hacía varios años.

El inquilinato era una casa inmensa de unas treinta piezas ubicada en el barrio Belén, abajo de Egipto, al lado de Santa Bárbara y Las Cruces, los cuales se empecinaban en todo momento en renegar del origen sagrado de sus nombres por la proliferación de violencia, inseguridad y pobreza que reinaba en sus calles. Mi mamá arrendó una pieza al lado de la de mi tía Helena y durante algún tiempo le ayudó en la preparación de sus menjurjes y pócimas hasta que consiguió un empleo estable en un famoso hotel como camarera. Mientras tanto yo escuchaba todo lo que mi mamá y mi tía hablaban: de sortilegios y de política, de hechizos y de asesinatos; también lo veía todo: los ritos y las oraciones, los rezos y las invocaciones. Yo no conocí a mi abuela, ni tampoco la recuerdo; pero, por las historias

que contaban de ella, hicieron que desarrollara hacia ella un amor extemporáneo e inmaterial, como si estuviera conmigo todo el tiempo, como un ángel guardián, y también, no podría asegurarlo, como una tentación, como un llamado a los reinos del mal.

Desde que entré al colegio no dejé de preguntarle a los profesores por Dios y por el Diablo, y en la medida que fui pasando los cursos, mis preguntas se volvieron más difíciles e incómodas para ellos; y en pleno uso de la fantasía y perversidad de un niño de doce años, me regodeaba poniéndolos en apuros a propósito de algunos niños demasiado lentos o con serias dificultades físicas de nacimiento: ¿Son errores de Dios? ¿Si fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, por qué somos tan imperfectos? ¿Si Dios es amor, por qué hay tanto odio y tanta violencia? ¿Si el mal no se debe hacer ni desear al otro, para qué tenemos, entonces, libre albedrío?; y otras, más personales, más inquietantes: ¿Por qué Dios, que es todopoderoso, permite la existencia del Diablo? ¿Quién es el Diablo? ¿Qué es el mal? ¿Qué hacía Dios antes de crear el mundo?

–Creando el infierno para enviar allí a las personas que hacen preguntas impertinentes– me respondió el padre Carlos Andrés con una sonrisa, el profesor de religión.

El padre Carlos Andrés era un hombre de unos treinta años, por ahí de un metro con ochenta, nariz respingada y cabello ensortijado, una piel color canela que refulgía cuando se exponía al sol, y dueño de una sonrisa a la que nadie podía oponerse. Desde que estaba haciendo sus estudios de teología en la Universidad San Francisco, se sintió inclinado por la docencia y desde esa época ha estado vinculado a varios colegios enseñando religión. Imaginé que ya algunos profesores le habían comentado de mis inquietudes e interrogantes y estaban esperando a que se diera este momento para quitarles esa molestia. Durante el resto de la clase sus respuestas fueron genéricas, con frases hechas y lugares comunes. Al terminar, me llamó y me invitó a su oficina.

– ¿Te interesa mucho el Diablo, Arturo?– fue la pregunta con la que decidió iniciar la conversación.

–Sí, padre– le respondí muy serio, dispuesto a confrontarlo, mirándolo directamente a los ojos.

El padre Carlos Andrés dio un respingo y me di cuenta de que se había sorprendido.

– ¿Qué es el Diablo para ti?– me preguntó al desgaire, sin ningún énfasis, parándose a coger un cigarrillo, escamoteando mi seriedad.

–Ya quisiera saberlo, padre– le respondí sin un ápice de ironía.

–Y entonces, ¿por qué te preocupa tanto? –

–Porque mató a mi abuela, la persona que, sin haberla conocido, es tan o más importante que mi mamá o mi tía–

–Explícame eso– me miró inquisitivo, hierático. Le conté la historia de mi familia sin omitir nada, concentrándome en los detalles de la aparición y el progresivo deterioro físico de la abuela hasta su muerte.

–Por eso creo que existe el Diablo y el mal, pero sobre todo me interesa enfrentarlo a Él– concluí.

– ¿Te gustaría estudiar la ciencia de Dios en la universidad para vencer al Diablo? – me preguntó con su persuasiva sonrisa, seguro de que no iba a negarme.

– ¿Cómo así, padre? –

–Que, si quieres estudiar teología, Arturo, estudiar la ciencia de Dios para vencer a tu enemigo... que es el enemigo de todos. Yo puedo conseguirte una beca; yo sé que todavía es muy pronto, apenas estás en segundo bachillerato, pero si tienes interés, yo...

– ¿La ciencia de Dios? ¿teología?; y... padre, ¿hay una ciencia del Diablo? –

–Sí, se llama demonología–

– ¿Y esa, la puedo estudiar en la Universidad? –

–Tangencialmente; quiero decir, como un área de investigación de la teología. Es como una especialización.

–Entonces sí, padre; sí quiero estudiar teología– casi que grité de entusiasmo, mirando el fondo de la pared de la oficina, como buscando algo detrás de las cosas.

Desde ese día, el padre Carlos Andrés se puso a hacer las averiguaciones necesarias para que yo pudiera entrar a la Facultad de Teología de la Universidad San Francisco. Y me consiguió una beca no solo de estudios sino de manutención, tan difíciles de lograr en esa época. El padre Carlos Andrés estaba convencido de que yo no solo iba a ser un buen sacerdote sino un investigador teológico, como pocos se han dado en este país.

## OHELIA

Arturo cree que yo soy boba y no me doy cuenta de su obsesión con el Diablo. Si toda la vida se la ha pasado preguntando por Él, y como ninguna de nosotras le para bolas para no seguir alimentándole esa pendejada, él cree que no nos damos cuenta. Yo no entiendo por qué lo impresionó tanto el cuento ese de la aparición del Diablo a la abuela o el de la muerte de mi papá si eso son puras habladurías, chismes de la gente de esa época, ignorante y pueblerina, que no tenía nada en qué pensar ni en qué divertirse y solo les quedaba ponerse a inventar historias como esas; pero él no, jura y rejure que lo va a encontrar, y por más que le digo y le explico que el Diablo no existe, nunca he podido convencerlo. Yo si no soy tan pendeja de ponerme a creer en esas bobadas. Para mí lo más importante es lo que se ve, lo que podemos tocar con las manos, en lo que podemos deleitarnos y gozarnos con los sentidos, y todo lo que se ve y se puede tocar con las manos, solo se puede conseguir con dinero. Mejor dicho: para mí, lo más importante que hay en la vida es la plata, y bueno, también la música, porque yo si no puedo vivir si no estoy cantando o bailando. ¿Qué tal sería la vida sin Sandro, Raphael o Richie Rey y Bobby Cruz? Por mucho dinero que una tenga, si no puede bailar o escuchar a esos “monstruos” no tendría mucho sentido la vida, ¿o no? Mi mamá me jode todo el tiempo por vivir pegada a la radio, pero, ¿qué más puede hacer una por las tardes cuando llega del colegio y no le ponen tareas?, pues pegarse a la radio como una enferma o si no se muere de tristeza, porque yo si no voy a ponerme a leer esos libros tan aburridos que últimamente Arturo se la pasa leyendo por indicación del padre Carlos Andrés, libros para curas, dizque San Agustín y Santo Tomás; ese Arturo definitivamente va a volverse cura: preocupado todo el tiempo por el Diablo y leyendo sobre santos. El único que me leí, y eso que era por obligación y porque los de sexto montaron la obra de teatro y Guillermo estaba participando en ella, y yo tenía que tener algo de qué hablarle; *fue En la diestra de Dios Padre*, de Tomás Carrasquilla, también sobre el Diablo. Pero es que ese es un cuento divertido, es un diablo cojuelo como dice el profesor de español, no ese diablo satánico y horroroso del que le gusta hablar a Arturo. Por eso me parece tan raro que el padre Carlos Andrés ande tan de buenas migas con Arturo, ¿será que el padrecito, tan bueno que está, es marica y quiere conquistarse a mi hermanito?,

no, no creo porque en todos los años que llevamos en ese colegio nunca he escuchado nada malo de él, ni con niñas ni con muchachos, a él sólo le interesa que uno crea en Dios y punto, y como Arturo nunca dice nada, una no puede saber en qué está pensando. ¡Ah!, que haga lo que le dé la gana, que siga escuchando con la boca abierta las historias de mi mamá y mi tía y preguntándoles por qué sí y por qué no. Yo, por el momento, mientras no pueda empezar a ganar plata, seguiré con mi música aguantándome esta pobreza de mierda, viviendo en este inquilinato donde nadie respeta la intimidad de una, y contando con los latidos del corazón la poca platica que consigo haciéndoles algunas tareas a esas brujas vagas de mi curso.

## ANA

Cuando mataron a Arturo yo sentí que tenía que iniciar una nueva vida, y esa vida no podía ser en ese pueblo maldito. Antes de morir, no solo ciega sino casi loca por el miedo de que se le volviera a presentar el Diablo, mi mamá sí me había dicho en los pocos momentos en que sus sufrimientos le daban alguna tregua, que nos largáramos de allí antes de que Él, el Enemigo Malo, se apoderara de todos. Nosotros nunca le creímos, aunque nos dábamos cuenta de que las cosas se estaban poniendo terribles con tantas matanzas y amenazas, era obvio que nos las explicáramos por razones políticas y no porque el Diablo tuviera algo que ver en eso. Además, desde que se le había aparecido, mi mamá le atribuía todos los males del mundo al Diablo, y su terca obsesión con Él –tan parecida a la de Arturito– hacía que nadie le pusiera cuidado. Sin embargo, ahora, con el paso de los años, creo que en algo tenía razón, porque no se puede entender tanta maldad y ensañamiento de una gente que uno conocía de toda la vida solo por política; tenía que haber algo más, como un espíritu maligno que se les metía en el alma y los obligaba a hacer cosas que ellos, en sus cinco sentidos, no harían por temor a Dios.

Así yo hubiera sabido desde antes que Helena era realmente bruja, igual me hubiera venido, al cabo era la única pariente que teníamos en Bogotá. Yo no tengo hermanos, y Juan, el único tío que tuve, lo mataron en Sevilla por no pagar sus deudas de juego; y sus dos hijos, mis primos, se fueron de la casa casi niños por el maltrato que él les daba y nunca los volví a ver. Pero

Helena nos recibió bien y nos ha ayudado mucho. Al comienzo, prácticamente nos tuvo que mantener a los tres; pero yo, por fortuna, conseguía trabajitos por días en casas de familia y ahí nos fuimos cuadrando. En una de esas casas fue que conocí a Don Gerardo, un verdadero caballero, el típico bogotano filipichín que habla alargando las palabras como si estuviera cantando todo el tiempo y siempre está sintiendo pena por todo lo que hace, sea bueno o malo. Él fue quien me ayudó a entrar a trabajar al Tequendama, el hotel más importante de Colombia; él fue quien me recomendó con el jefe de personal e incluso me enseñó a hablar como se debe con la gente importante; él fue quien me motivó a que leyera el periódico y escuchara las noticias cuando pudiera para que supiera lo que estaba pasando en el país, ¿por qué hizo todo esto?, por nada, porque es un gran ser humano, porque es un hombre bueno, y también, creo, por agradecerme por haberle ayudado con su enamorada. Esa señora no le daba ni la hora y Don Gerardo vivía echando la baba por ella, y yo, de verlo sufrir tanto, le dije que tenía una cuñada que de pronto podía ayudarlo con eso, y él, a pesar de ser tan educado y estudiado, creía firmemente en sortilegios y embrujos, me dijo que sí, que estaba dispuesto a todo con tal de que esa mujer lo quisiera; entonces Helena, después de unos rezos y unas invocaciones, le preparó un filtro de no sé qué cosas que no sabía ni olía a nada y él se lo hizo tomar a escondidas y, ¡santo remedio!, esa mujer ya no solo miraba por los ojos de Don Gerardo sino que fue ella la que le pidió que se casaran. En el fondo, ha sido gracias a Helena que pude conseguir este puesto que es el que me ha permitido salir adelante y darles estudio a mis hijos.

Sin embargo, son mis hijos lo que más me preocupa ahora. Ohelia pareciera que odiara todo y a todos, si no fuera por su pasión por la música y su desmedido interés por el dinero, pensaría que su alma está envenenada. Vive renegando de la casa donde vivimos, de la comida que comemos, del colegio donde estudia, de las conversaciones que tenemos y sobre todo de la familia que tiene; es como si hubiera nacido no solo en un sitio equivocado sino en un mundo diferente. Yo entiendo que sea una adolescente malcriada y altanera, y si se quiere resentida —reconozco que casi todo mi amor se lo he dado a Arturito—; pero a veces, cuando la obligo a que apague el radio o cuelgue el teléfono, su insolencia y grosería me obligan a abofetearla. Hemos tenido discusiones tan agrias y virulentas que he llegado a amenazarla con echarla de la casa y, a pesar de que en esos momentos estoy completamente descompuesta y ciega de la rabia, no dejo de sentir

su odio y resentimiento que me atraviesa todo el cuerpo. Ojalá termine ese colegio pronto y se ponga a trabajar, o se case rápido; pero no con ese tal Guillermo que, según me dice Arturito, se cree no solo el más inteligente sino el más bonito del colegio, y a mí, esa clase de muchachos tan engraidos no me gustan.

En cambio, Arturito es otra cosa. Adora a su tía Helena y conmigo siempre es cariñoso y acomedido. Si no fuera por esa obsesión con el Diablo y esa actitud tan reservada y callada que tiene siempre no solo sería un niño normal sino, yo diría, perfecto. Además, es tan inteligente, ni Helena ni yo, y ni siquiera el señor Hernández, un vecino que se la pasa leyendo todo el tiempo, y que, entre otras cosas, sabrá Dios de qué vive, podemos responder a sus preguntas. Desde niño siempre ha sido así: sobrio, impasible, desinteresado. En las largas conversaciones que tiene con Helena sobre magia y hechicería, o escuchando las historias de las dos sobre los crímenes y torturas que se hacían en el pueblo, Arturito no se inmuta, como si eso no lo afectara, como si el horror y lo sobrenatural fueran cosas normales. A veces, para asustarlo, Helena le cuenta historias de apariciones o embrujamientos en que los fantasmas son tan horripilantes o los padecimientos son tan insoportables que cualquier niño de su edad pediría que se detengan; él, por el contrario, no solo pide más, sino que se adentra en una cantidad de explicaciones o comentarios tan retorcidos y complicados, que la pobre Helena termina echándolo de su pieza, admirada por la imposibilidad de perturbar a su sobrino con los misterios del más allá. “Va a ser un gran médium”, dice Helena con orgullo; “no, va a ser un gran filósofo”, dice el señor Hernández que cada día le coge más cariño a Arturito.

Cuando me dijo que el padre Carlos Andrés le iba a conseguir una beca para estudiar en la universidad, incluida la manutención, yo le di gracias a Dios y le pregunté cómo había hecho.

—Nada, solo le pregunté si podía estudiar la ciencia del Diablo— me respondió con una sonrisa que me dio un poco de miedo.



## HELENA

Para mí fue una alegría muy grande cuando Ana y sus dos hijitos llegaron a mi casa: fue como encontrar la familia que nunca había tenido. Se cumplía así la palabra de mi Señor. A mi padre nunca lo conocí; mi mamá todavía estaba embarazada de mí cuando él la abandonó. Después de que yo nací, ella conoció a otro hombre, Isidro, que fue como el amor de su vida, tanto, que inmediatamente la embarazó de Arturo. Y pasó lo que pasa con Ana y Arturito y Ohelia: todo el amor de madre se lo dan al hijo varón y a la hija la tratan como una mujer en miniatura esperando que crezca para que se case rápido o para que se emplee en una casa de sirvienta. Y así fue. Siendo aún muy niña, tendría siete u ocho años, mi mamá sin mucho dolor me regaló como sirvienta a unos patronos del pueblo. Por fortuna, Doña Leonor era una mujer liberal y bondadosa, amante de los libros y la cultura –cada tanto viajaba a Cali o a Bogotá para ver los espectáculos culturales del momento y, a la vez, proveerse de una buena cantidad de libros y revistas–, no permitía que sus empleados fueran analfabetas porque eso “no solo les impide mirar más allá de sus narices, sino realizar actividades que para nosotros pueden ser muy beneficiosas”, le decía a su marido para convencerlo de las ventajas que tenía la educación básica de su servidumbre. Así fue como yo hice mi primaria, hasta que una de las hijas de Doña Leonor, que estudiaba en un colegio de ricos en Cali, en una temporada de vacaciones se peleó conmigo porque, sin proponérmelo, le miré las líneas de la mano y una voz interior me dijo que esa muchacha se iba a morir muy pronto; se lo dije sin ninguna anestesia y ella, llorando y gritando, le exigió a la mamá que me sacara del colegio e, incluso, que me echara de la casa porque yo quería que ella se muriera, que yo era una igualada que iba a terminar por sacarles los ojos a todos ellos.

De vez en cuando visitaba a mi mamá y a Arturo; a Isidro casi nunca lo veía porque se la pasaba trabajando en el campo. Parece que era un buen hombre, aunque algunas veces, cuando estaba borracho o llevado por una furia incontrolable, le pegaba a mi mamá. Cuando me echaron de la casa de Doña Leonor tenía dieciséis años y sabía que en ese rancho tan pobre y tan triste no tenía cabida, no solo porque no había espacio para mí, sino simplemente porque no me querían. Pasé únicamente a despedirme y a anunciarles que me iba a buscar la vida a Bogotá. Mi mamá siempre creyó

que yo me venía era a putear y me despidió con una frase contra la que he luchado toda mi vida:

–Ojalá le vaya bien; pero por aquí no vaya a volver toda peliteñida ni a mandar plata mal habida– me dijo con toda la intención de que no quería volver a verme en su vida.

Llegué a Bogotá exactamente dos meses antes de que mataran a Gaitán. En el bus que me trajo del pueblo, la compañera de puesto, una señora que parecía saberlo todo sobre la vida y las costumbres de la capital, me aconsejó que no fuera a un hotel, sino que directamente arrendara una pieza en algún inquilinato en el barrio Las Cruces, varias cuabras al sur del Capitolio Nacional, y dijera que yo era secretaria, que había estudiado en Cali y que mis padres habían muerto, o de otra forma iban a creer que yo era una vagabunda más que venía a trabajar en el oficio. Fue así como, cuando llegamos al paradero de buses en la Estación de la Sabana, inmediatamente tomé un tranvía que me llevó al barrio en el que aprendería los principales secretos de mi oficio. Después de caminar dos o tres cuabras, vi el letrero que con tanta ansiedad estaba buscando: *Se arrienda pieza*. Golpeé con una mano de plomo pesada y fría y al momento salió un señor alto, canoso, con una mirada que quería traspasarlo a uno y totalmente vestido de negro; sin embargo, no me produjo ningún temor ni desconfianza; por el contrario, me pareció muy serio y muy amable. Iba a comenzar a contarle la historia que me había inventado, pero su mirada fija y segura me desarmó y decidí contarle la verdadera historia de mi vida. Cuando le estaba explicando las razones por las cuales me echaron de la casa de Doña Leonor, me interrumpió bruscamente:

– ¿En qué otras ocasiones ha sentido algo parecido a esa voz interior?  
– me preguntó entrecerrando los ojos, como calibrando la calidad de mi respuesta.

–Ahora, aquí, hablando con usted– le respondí sin saber que esa respuesta determinaría el rumbo de toda mi vida.

– ¿Y qué está sintiendo o escuchando en este momento? – preguntó, tratando de disimular su sorpresa y sobresalto.

–Que usted es diferente al resto de personas, como si tuviera una fuerza o algo...como una energía, no sé, como una luz... o una sombra, que le da un poder sobre las otras personas.

Por primera vez retiró su mirada de hielo de mis ojos. Se inclinó levemente como pensando en algo muy difícil o complicado, y luego volvió a mirarme con unos ojos radiantes que le cambiaron completamente la expresión de su cara.

– ¿Quiere trabajar conmigo? – me preguntó con la misma sonrisa que Arturito hace cuando le preguntan por su interés en El Diablo–. Como asistente quiero decir.

– ¿Asistente de qué? –

–A ver, empecemos por el principio– volvió a sonreír–. Me llamo Dagoberto, Dagoberto Tapias. Soy el dueño de esta casa y durante muchos años he estudiado Ciencias Ocultas hasta llegar a convertirme en Maestro de estas disciplinas, es decir, en lo que en nuestro argot se conoce como un Mago. Mi trabajo, que para muchos puede ser mera charlatanería, es ayudarle a la gente. Mediante años de práctica y estudio he aprendido a comunicarme con el más allá, a preparar elíxires, filtros, pócimas, que, por su naturaleza oculta y esotérica, pueden ayudar a unos y causarles mucho daño a otros.

“Un brujo”, pensé fascinada.

–Me imagino qué está pensando– dijo casi amenazante, volviendo a su mirada glacial–. No soy un brujo, soy un Mago como ya le dije. Esto es muy serio. Si va a trabajar conmigo tiene que entender que este trabajo no solo es muy difícil sino también muy peligroso.

– ¿Y cómo puedo ser su asistente si yo no sé nada de eso, y, además, ¿cómo sabe usted que a mí eso me interesa? – le pregunté, presintiendo que él ya tenía la respuesta.

–Porque usted es uno de los nuestros, lo puedo sentir claramente. Usted tiene el don, en sus ojos puedo ver que no le tiene miedo a nada y que esto le gusta. Desde que le abrí la puerta pude percibirlo, es como si hubiera sido enviada por el Señor. Usted puede ser una gran médium o una Maga mejor que yo. Si nos ponemos a trabajar desde hoy mismo le aseguro que, máximo en unos dos meses, ya está invocando los espíritus y sabiendo lo que debe saber para ayudar a la gente que lo necesita.

Acepté. ¿Qué más podía hacer? Además, no solo presentía que don Dagoberto tenía razón sobre mis facultades paranormales, como él las llamó, sino que me parecía divertido y principalmente porque no tendría que prostituirme como había vaticinado mi mamá. Tendría la comida y la dormida,

y cuando empezara a “ganarme un nombre” como médium y Maga, dividiríamos las ganancias. El cuarto me pareció bonito y acogedor: tenía una ventana al patio interior, una cama sencilla, un armario de madera tallado y una especie de tocador con un espejo en forma de medialuna. Se diría que era casi elegante y yo me sentí la mujer más afortunada del mundo. Todos mis problemas estaban resueltos y estaba dispuesta a enfrentarme hasta con el Diablo.

En jornadas hasta de doce horas diarias, aprendí todo lo que hay que saber sobre cultos paganos, sortilegios, conjuros, aquelarres, hechizos, maleficios, amuletos, talismanes, filtros y pociones. La magia que dedica su atención a terceras personas es una magia que puede comprarse y venderse, y, por tanto, es la que más se presta a fraudes y engaños y por eso es tan desacreditada. Sin embargo, es la fuerza astral del mago la que gobierna los hechizos y los maleficios a través de las emociones como el amor o el odio, y esa fuerza fue el don que mi maestro reconoció en mí desde el primer momento. Pero el trabajo más duro fue desarrollar mi capacidad auditiva para escuchar las voces de espíritus que pueden haber dejado impregnado un espacio determinado. Aunque si bien es cierto que yo podía escuchar algunas veces esas voces, en la mayoría de ocasiones no podía descifrarlas y entenderlas a cabalidad, lo que hacía que mi maestro se ofuscara y me pidiera que me esforzara más, me concentrara más, hasta que yo caía al suelo agotada, vaciada, sin aliento.

Generalmente descansábamos los viernes. Yo me dedicaba a leer libros esotéricos o de espiritismo toda la mañana, y a mediodía salíamos a almorzar a *Donde Canta la Rana o al Versailles*, que quedaba por la Avenida de la República, y después, si el maestro estaba de buen humor, caminábamos hasta San Diego y, en el mejor de los casos, me llevaba a ver una película al Cine Ariel. La noche anterior al día en que mataron a Gaitán, mi maestro, en contra de sus costumbres, se la pasó escuchando en la radio el juicio a un tal teniente Cortés que había matado a un periodista por preservar el honor del ejército, y que Gaitán estaba defendiendo, pese a todos los testigos y pruebas que demostraban que había sido un asesinato a sangre fría y a mansalva. Al final, cuando el jurado dio el veredicto final absolviendo al militar, mi maestro no cabía de la dicha porque, como el ciento por ciento de los habitantes de Las Cruces, era gaitanista; y me prometió que al día siguiente almorzaríamos cuchuco con espinazo y después iríamos a *La Puerta Falsa* a comer brevas con arequipe y cuajada.

Ese viernes conocí el infierno. Estábamos en frente de la iglesia de La Tercera, que mi maestro ni siquiera miraba, y yo estaba leyendo el titular de un periódico que decía “*Bienvenido Mr. Marshall*”, cuando de pronto sentimos el estruendo de una granada o de dinamita estallada e inmediatamente vimos cómo se prendía en llamas un tranvía en plena esquina de la Avenida de la República con Jiménez de Quesada. Una turba de gente conformada principalmente por lustrabotas, voceadores de prensa y gamines, se arremolinó en torno al tranvía como en las películas en donde los indios danzan en torno a la hoguera y, por fin, oímos la frase que explicaba todo y que enloqueció a mi maestro: ¡Mataron a Gaitán! ¡Mataron a Gaitán! Don Dagoberto me cogió de la mano y corrimos hacia el Pasaje Real para refugiarnos bajo sus hermosas marquesinas multicolores no solo de las balas y los machetes que ya empezaban a zumbear por todas partes, sino del aguacero que se había soltado como si el cielo hubiera empezado a llorar la muerte del caudillo. Pero, ¡maldita turba!, justo al llegar al umbral del Pasaje Real, una bala atravesó la cabeza de mi maestro. Yo grité y lloré y pedí ayuda, pero en medio de ese infierno de sangre y de muertos quién me iba a parar bolas; por el contrario, si yo no me movía rápido de ahí me iba a pasar lo mismo. Entonces corrí a buscar la Calle Inglesa pero la cantidad de gente que se dedicaba a saquear los almacenes me impedía avanzar como hubiera querido. En medio de codazos, empujones y manotazos logré abrirme paso y comencé a correr y correr sin rumbo definido hasta que ya no pude más, y cuando me detuve, me di cuenta de que estaba en el barrio La Candelaria. Sabía que tenía que caminar hacia el sur y atravesar esas lomas para después volver a bajar y llegar a la casa de Las Cruces. Fue en una de esas lomas, creo que un poco más arriba de donde hoy se encuentra la iglesia del barrio Belén, en que pude ver en detalle cómo la ciudad era arrasada por las llamas, la violencia y los saqueos; pero, lo que nunca podré olvidar, fue el sentimiento de satisfacción y alegría que me produjo la visión de ese espectáculo siniestro.

Cuando llegué a la casa, sentí todo el cansancio, toda el hambre y toda la soledad del mundo. De nuevo no tenía a nadie. Solo conocía a algunos clientes más o menos frecuentes de mi maestro, y a Hernando, el único amigo que él tenía, y que me había gustado tanto desde el momento en que lo vi. Los primeros diez días los llevé como pude en medio de los tiros y las explosiones que se escuchaban en las calles: leyendo libros viejos sobre

el Diablo, como el de San Cipriano, quizás el grimorio más conocido y más falseado, y algunos capítulos traducidos del *Malleus Maleficarum*, el código penal de la brujería escrito en el siglo XIV, en los cuales se hablaba de “los métodos por los cuales las obras de hechicería son perfeccionadas y dirigidas, y cómo pueden anularse y disolverse con éxito”. Esas lecturas fueron un aliciente para seguir viviendo, pero llegó un momento en que necesité no solo hablar con alguien, sino que las provisiones que mi maestro tenía en las alacenas se me estaban acabando. En ese desespero estaba cuando tocaron a la puerta: era Hernando. Casi me arrojé a sus brazos. Después de hacer el amor toda la tarde y pedirle que se quedara a vivir conmigo, me dijo con una voz gruesa, cavernosa:

–Pero debes saber que yo tengo un pacto con el Diablo.

## II

### ARTURO

**D**os meses antes de terminar el bachillerato, cuando ya estaba completamente mentalizado de que iba a estudiar la ciencia de Dios para poder acercarme al Diablo, ocurrió algo que iba, si no a cambiar mi destino que ya estaba escrito desde antes de nacer, sí a darle un significado diferente al que pudo haber tenido si esto no hubiera pasado: me enamoré para siempre.

La conocí por casualidad, quizá como ocurre siempre con los amores contrariados. Me había ganado cierta reputación para las humanidades, y en la mayoría de estudiantes –influenciados por los mismos profesores y tal vez por sus familias, consideraban que todo lo relacionado con la historia, la filosofía o la literatura eran poco más que un relleno del plan de estudios– dominaba una pereza y un rechazo generalizados hacia estas materias, los llevaba a pedirme que les ayudara en época de exámenes. Por eso, de tarde en tarde algunos me invitaban a sus casas para que les explicara sobre el devenir del ser en la metafísica, los efectos de la revolución francesa en la independencia de Colombia, o les hiciera el resumen de *La Vorágine*, a cambio de unas espléndidas onces que nunca podría tomarme en mi casa. Azucena, la estudiante de la que medio sexto bachillerato estaba enamorado por su exuberante pelo rojo y su sonrisa feliz y espontánea, la muchacha que lo sabía todo de música y televisión, la que competía en calificaciones con los más dotados en ciencias y en matemáticas, la que quería estudiar ingeniería electrónica para cambiar el mundo con la tecnología, no solo

odiaba las humanidades con recelo, como se odia lo desconocido, sino que las ridiculizaba y descalificaba por considerarlas inútiles y superfluas. Pero tenía que cumplir, y, sobre todo, tenía que pasarlas. Por eso me invitó, aunque sería mejor decir, me tuvo que invitar a su casa, para que la ayudara con un trabajo sobre el mito de la caverna de Platón.

No solo fue amor a primera vista sino un cataclismo interior que me iba a durar toda la vida: Catleya, su hermana dos años mayor, me abrió la puerta y yo supe, con la misma certeza que siempre tuve de que me encontraría con el Diablo, que quería amar a esta mujer por el resto de mis días. De cara angulosa y nariz afilada y una altivez natural que contradecía su rostro, que de tan común podía pasar por feo, y su cuerpo, tan poco llamativo, flaco y de formas apenas insinuadas, de piernas largas y delgadas, caminaba pausadamente como si no pudiera dejar de tocar la realidad en ningún momento. Pensé, sin un ápice de exageración, que Catleya no solo era la flor más hermosa de este país sino del mundo entero.

Era una familia compuesta por siete hijas, por siete flores: Rosa, Margarita, Magnolia, Jazmín, Hortensia, Azucena y Catleya, mi Catleya, mi orquídea reina, la flor de todos mis aromas dulces y buenos. Sus padres eran casi ancianos y sus hermanas mayores –Rosa, Margarita y Hortensia– paulatinamente se iban convirtiendo en solteronas irredentas en una casa inmensa de dos pisos con un jardín poblado de árboles de breva, helechos y flores de toda clase que hicieron evocar en mi memoria incierta las casas de los ricos del pueblo en el que nací. Me llevó a una sala espaciosa y cálida, amoblada con grandes sofás y cuadros de naturalezas muertas y, tras una fortísima exigencia a mi voluntad para que venciera mi inveterada timidez con las mujeres que me gustaban, terminé haciéndole la pregunta más estúpida que, sin embargo, revelaba toda mi desazón:

– ¿Por qué no estudias en el colegio de nosotros? –

–Porque ya acabé el colegio– me respondió con una sonrisa entre burlesca y amable que acabó de desbaratar el poco sentido de realidad que me quedaba. Cuando apareció Azucena, la nube en que flotaba se desvaneció de repente y Catleya desapareció por una hermosa puerta de roble repujada que odié para siempre. Como mis explicaciones no eran del todo seguras y mis ojos no se separaban de la puerta que se había robado al único ser humano que amaría más que a cualquier otro, era muy fácil que Azucena se diera cuenta de mi dispersión; y con esa intuición de las mujeres para



captar las hambres y los deseos que flotan en el aire, me detuvo en seco en el momento en que yo balbuceaba alguna tontería que buscaba explicarle por qué los hombres confunden las sombras y los reflejos con las realidades crudas y las personas de carne y hueso, para preguntarme si yo quería que le presentara a su hermana y, además, como no habíamos podido terminar, si al día siguiente podíamos seguir; le respondí con el mismo sí a las dos preguntas con la boca abierta, y me quedé temblando y con la mente en blanco mientras fue a buscar a Catleya.

– ¿Te gusta mucho la filosofía? – me preguntó después de mi torpe presentación hecha con mejillas encendidas y voz gangosa.

–Sí, y la teología también– respondí, arrepintiéndome inmediatamente.

– ¿Teología? ¿y... te vas a volver cura? – no podía ocultar su decepción.

– ¡No! – grité. –No necesariamente los teólogos tienen que volverse sacerdotes, lo que pasa es que me interesan algunos de sus campos de especialización.

– ¿Cómo cuáles? – pregunta obvia que yo no podía responder con la verdad, al menos por ahora, porque ya había aprendido que hablar sobre mis intereses era peor que invocar al Diablo.

–Las teodiceas, por ejemplo... que estudian el problema de la existencia del mal y la justificación racional de la existencia de Dios– le respondí sin mirarla.

– ¡Qué tipo tan raro eres tú! – dijo con más admiración que con reproche; y yo lo aproveché inmediatamente:

–Y qué mujer tan linda eres tú–

Se atragantó, tomó aire, lo soltó, me miró fijo, con esos ojos inexpresivos y gélidos que aprendería a reconocer con temor, cuando me iba a decir algo muy serio.

–Eso no es cierto– dijo con una voz casi masculina. – No me gusta que me digan esas cosas, si me quieres cortejar o adular no lo hagas con mi físico, creo que tengo otras cualidades que para mí son más importantes.

–Discúlpame si te molesté, pero es verdad, desde que me abriste la puerta, sentí que tú eras la mujer más bella que había visto, creo que te diste cuenta cuando me mostraste el jardín de la casa–.

Apretó los labios en una sonrisa que reunía sabiduría, ternura y una comprensión completa de mi soledad hirsuta y, por primera vez, vi la iridiscencia del color ámbar que adoptaban sus ojos cuando algo la hacía

feliz. Era la primera persona que conocía que le cambiaba el color de sus ojos de acuerdo a su estado de ánimo. Seguimos hablando otro rato, unas veces serios otras divertidos, hasta que una carcajada mía hizo que viniera Doña Cecilia, una mujer de unos sesenta años con una seriedad y dureza en el rostro como nunca he conocido en mi vida, ni siquiera en aquellos satanistas que ya no quieren saber de ninguna alegría de la vida.

Catleya se azoró al punto que enrojeció hasta la punta de sus cabellos lisos y azabaches, revelándome con un solo gesto el profundo respeto y el inmenso temor que su madre le producía. Aquello me incomodó, me desconcertó, me decepcionó. Era inevitable comparar mi propia relación con mi mamá, e incluso, la de Ohelia, para rechazar de plano una relación así con la madre. ¿Será que para educar siete mujeres la única pedagogía que funciona sea la del temor congénito y el respeto reverencial?

Al día siguiente conocí al padre: un anciano pusilánime, distante, etéreo, que se la pasaba todo el tiempo refugiado en su cuarto como un adolescente senil leyendo y releendo novelas de Vargas Vila. Después de una explicación más bien paródica del mito de Platón, y con Azucena más interesada en el amor platónico, Catleya, con una mirada nimbada de orgullo, me invitó a pasar al comedor en donde estaban servidas unas onces que parecían más del siglo XIX no solo por la cantidad y variedad de colaciones sino por la belleza y antigüedad de la vajilla. Definitivamente esta gente parecía vivir en otra época, o, al menos, se empeñaban en mantener las costumbres —en la crianza de los hijos, en los horarios y clases de comida, en las reuniones familiares, en el orden de la casa— que, seguramente, les había posibilitado sobrevivir con dignidad durante varias generaciones.

Después de dos o tres visitas más a “La casa de las flores”, cuando ya me sentía irremediabilmente enamorado de Catleya para el resto de mis días, decidí invitarla a salir. Ella era consciente de que me había enamorado como un demente y disfrutaba con cierta perversión todos mis rubores, tropiezos y balbuceos. Cuando me dijo que iba a iniciar estudios de psicología el próximo año en la Universidad San Francisco, me di cuenta de que, si no le declaraba mi amor desde ahora, es decir, si no la aseguraba antes de que entráramos a la universidad, después iba a ser más difícil, quién sabe qué clase de tipos conocería y yo pasaría a segundo plano. El problema era que no sabía cómo declararme: un roce de su mano, una sonrisa tierna, una mirada cómplice, me fragmentaban en miles de haces luminosos y la alegría producida por cualquiera de esas acciones me desquiciaba, me

obnubilaba y, por desgracia, me enmudecía. Un día, a comienzos de diciembre, sentados en el pasto del parque de la Independencia, decidí que no podía dejar pasar más tiempo, que me estaba ahogando con este amor opresivo, y entonces se lo solté, quizá como resultado del ser arisco e irracionalmente tímido que soy, de la forma más torpe y pueril:

–Creo que estoy como enamorado– le dije sin mirarla.

Silencio.

La miré y ella esperó a que dijera algo más. No se me ocurría qué más podía decirle, sentía que lo había dicho todo. Me acerqué a besarla y ella me recibió con una ternura turbada, insegura. Su aceptación y respuesta a mi beso hizo que quedara sellado nuestro noviazgo. Era mi primera novia formal. Antes había salido con dos o tres muchachas de otros colegios, pero más con fines sexuales, así como ocurría con las dos mujeres ya mayores que vivían en el inquilinato y que, en gran medida, me utilizaban para su placer. A mis diecisiete años podía afirmar con plena certeza que había conocido el amor verdadero.

Terminado el bachillerato, esas vacaciones han sido el único periodo de mi vida en que dudé, o tal vez sería mejor decir, olvidé, que quería encontrarme con El Diablo. Todo mi mundo, mi vida, mis pensamientos, mis acciones y ensoñaciones, estaban dirigidas a Catleya. Más que un noviazgo, lo nuestro, en esos dos meses de dulces agonías y lánguidas esperas, fue una comunión, una transfiguración, un embelesamiento mutuo que solo se detenía con la tristeza opresiva que nos invadía por la separación de cada día.

A finales de enero, cuando ya estábamos a punto de entrar a la universidad, decidí contarle a Catleya las verdaderas razones por las cuales quería estudiar teología. Al comienzo creyó que era una broma y alcanzó a hacer algunos chistes que llegaron a molestarme. Cuando vio que la cosa iba en serio, inmediatamente cambió y comenzó a mirarme con desconfianza, casi con resentimiento.

–Me siento como si me hubieras traicionado, como si me hubieras mentado– me dijo con una aflicción profunda, como si lamentara la muerte de un ser muy querido. Sentí que quería separarse en ese momento; sin embargo, después de un largo silencio, con una mirada que quería escrutar los pliegues más ocultos de mi conciencia, me preguntó:

– ¿Y yo no soy un obstáculo para eso? –

–No– respondí angustiado; –por el contrario, sin ti no podría hacerlo, sin ti no podría enfrentarlo.

–Estás loco– dijo con cierta conmiseración–. Primero que todo, el Diablo no existe, es una superstición, y si existiese, no podrías enfrentarlo. Tengo entendido que para invocar al Diablo se debe tener una tendencia innata hacia el mal, hacia la ignorancia y la superchería, ser un misántropo de siete suelas y, sobre todo, rechazar con toda tu fuerza las cosas sagradas o bellas, y tú no cumples ninguno de esos requisitos; por el contrario, prácticamente eres un intelectual; a pesar de que no eres muy sociable, tampoco eres el solitario amargado y huraño que pretendes ser, y si con alguien he descubierto la importancia del arte y la filosofía en la vida de los seres humanos, ha sido contigo. No me vengas a decir entonces que vas a encontrarte con el Diablo porque, así tú lo quieras, él no estaría interesado en una persona... tan buena como tú.

Desde que comencé a estudiar y discutir con fruición los libros de teología y filosofía que el padre Carlos Andrés me pasaba, ese fue uno de los primeros problemas que me planteé ¿Cómo invocar al diablo sin una tendencia natural hacia el mal? ¿Cómo entender el otro lado de las cosas –lo oscuro, la sombra, lo inefable, lo intangible, lo siniestro, lo macabro, lo sobrenatural– sin caer en la superstición y la creencia irracional? ¿Cómo abordar el mal sin caer en él? Había encontrado algunos autores que, sin haberlos leído en profundidad, hablaban de estos problemas y ninguno de ellos se reclamaba satánico o hijo del demonio, y con excepción de algunos libros sonsacados a mi tía Helena sobre brujería o satanismo en los cuales se apelaba a la ignorancia y la estulticia de sus lectores, me fui convenciendo de que no era necesario ser malo de nacimiento, o perverso de vocación, o maledicente de profesión para invocar al Diablo sin necesidad de venderle el alma. Después de explicarle esto a Catleya, sentí la necesidad de profundizar en algo que, justo por esos días, venía pensando como tema de disertación para la entrevista de la universidad.

–La razón y la magia no son excluyentes entre sí; es más, cuando se integran, como lo hicieron los grandes filósofos del Renacimiento, se puede alcanzar la verdadera sabiduría, la iniciación en los grandes secretos, el desarrollo de facultades que nosotros desconocemos, conocimientos esotéricos que nos permitirían ponernos en contacto con otras dimensiones, con otros mundos astrales.

–Definitivamente estás loco– dijo con una sonrisa, devolviéndome de paso el alma al cuerpo, aunque en el fondo sentía que no me había entendido ni mucho menos creído lo que le había explicado. Catleya nunca volvería a ser la misma, y yo me pasaría el resto de mi vida buscando, primero en ella misma, y luego en otras mujeres, ese amor absoluto y total que alcancé a rozar durante cuarenta y ocho días en los cuales me olvidé, sin ningún remordimiento, para qué había venido a este mundo.

## CATLEYA

Definitivamente está loco. Estudiar a Dios para acercarse al Diablo, ¿a quién se le ocurre eso?, solo a él, a mi flamante novio que tantos problemas me ha acarreado en la casa, porque, con excepción de Azucena y Rosa, nadie lo quiere; hasta el viejo, que nunca se mete en nada de nosotras, una vez en medio del almuerzo, soltó un “ese muchacho Arturo no me gusta” sin que estuviéramos hablando de él, a propósito de nada. Pero no puedo negar que lo amé mucho, con él conocí el lado más puro y desinteresado del amor, la comunión perfecta de dos almas que se unen a través del brillo relumbrante de sus ojos enamorados, la ensoñación perpetua de una mente extraviada en la imagen del otro. Por eso me dolió tanto su confesión, porque en algún momento llegué a creer, y más con su interés por la teología, que lo nuestro era casi espiritual, que solo necesitábamos nuestros cuerpos para estar juntos, para mirarnos y seguirnos enamorando, para tocarnos y continuar soñando. Ahora todo se ha derrumbado. Es como si hubiera sido una mentira, como si lo hubiera vivido hace mucho tiempo, como si Arturo hubiera sido un amor infantil y solo quedara un recuerdo vago y amable de nuestra relación.

Aun así, *algo* –una nostalgia, una ilusión, un vacío, un sueño inconcluso– queda en mí.

Apenas entramos a la universidad, decidí cambiar, aunque mejor sería decir, alejarme de Arturo. Hice que nuestra relación se enfriara a pasos gigantescos y, aunque nunca nos separamos formalmente, él entendió que lo nuestro había terminado. Además, me entregué con tanta pasión a mi carrera que, sin darme cuenta, a los pocos meses únicamente pensaba con cuál enfoque de la psicología me identificaba más. Aunque en el fondo

sabía que no tenía que pensarlo mucho, era obvio que, dada mi “constelación familiar”, me inclinara irremediabilmente por el psicoanálisis. De hecho, no conozco ninguna otra familia en la que haya siete mujeres, la madre dirija la casa como un coronel ordena su cuartel, y el padre nunca haya ejercido su autoridad y mucho menos su figura masculina.

Desde niña he sentido un temor exagerado hacia mi madre. Su expresión dura, su mirada de fuego y sus contundentes y severas negativas a mis hermanas mayores con sus novios o sus amigos, fueron creando, sobre todo en Azucena y en mí, las menores, un miedo cerval a sus decisiones y un respeto exagerado a su persona que terminó por transfigurar nuestro amor de hijas en un sentimiento desangelado y mustio. Tal vez por eso todas, con excepción de Azucena, desde niñas amamos la literatura, o sería mejor decir, nos refugiamos en ella. Y también sea esa la razón por la que siempre quise estudiar psicología, desde que me di cuenta, como a los doce años, que mi familia no era una familia convencional y sí tenía mucho de diferente y disfuncional, que es una de las primeras palabras que uno aprende en la carrera. Quiero entender por qué le tengo tanto miedo a mi mamá si nunca nos ha pegado a ninguna, ni siquiera regañado o gritado; lo que sí tengo claro es que cuando no quiere que hagamos algo, un rotundo no, soportado por esa expresión, que, de tan dura, raya con el dolor, acompañada de su mirada implacable y furibunda, bastan para que nosotras nos inhibamos de cualquier acción contraria a su voluntad. Ha habido ocasiones en que tres o cuatro de nosotras nos lo preguntamos, y entonces salen a relucir todas nuestras teorías. Rosa, la mayor, se lo explica diciendo que, ante la pusilanimidad del viejo, y su propio temor, a mi mamá le tocó asumir las funciones del padre y convertirse en esa roca filosa y fría para sacar a siete mujeres adelante. Es una explicación demasiado obvia que, a algunas como a Magnolia, Jazmín o a mí, no termina de convencernos. Al fin y al cabo el viejo, con todo y su debilidad de carácter, su silencio que ha llegado a desesperarnos, su presencia evanescente y furtiva como si todo el tiempo estuviera huyéndole a algo o a alguien, ha sido quien ha mantenido la casa a lo largo de casi cuarenta años, primero con su trabajo de abogado, y luego con la pensión de juez municipal en Zipaquirá, en donde, según Rosa y Margarita, tenía una querida y cuando venía a visitar a mi mamá, todavía con la cabeza llena de las calenturas que le dejaba su amante, la volvía a dejar embarazada de una de nosotras. Y esta es la teoría de Hortensia y Azucena: el viejo se volvió así por la culpa que le